TRASCENDENCIA PERMANENTE DE YUSTE

POR

NARCISO SANCHEZ MORALES

Venir a Yuste en este verano del 1958, tras levantar un puente de cuatrocientos años, es vivir la nostalgia de una unidad europea malograda, cuando el común enemigo de la cristiandad, los turcos, aprovechándose de las discensiones de los reinos cristianos, levanta su amenazador alfanje para segar en flor las ilusiones de un emperador cristiano.

Carlos ha fracasado; en una tarde como éstas de julio, presintiendo tal vez el ocaso de su terrenal vida, ha salido al corredor abierto al Sur y Poniente. se ha sentado sobre un tosco diván de madera y en la lejanía ha divisado los montes de las Villuervas, donde una virgen morena irradia efluvios celestes y brisas propicias al ininterrumpido tráfico hacia las Indias Occidentales, el nuevo mundo de la Hispanidad. Un rayo de esperanza abriga aún el encanecido Emperador, un rayo de luz que hiere su azul celeste pupila borrando el cuadro de la desesperación europea e iluminando el nuevo y esperanzador formado por la Virgen de Guadalupe en las proas de las naves, el crucifijo de los misioneros hispanos y la espada de los conquistadores. Su tesonero anhelo borgoñés puede ampliarse, pero en otra dirección, hacia otros confines.

El destino de Europa; ayer y hoy, siempre lo mismo. Ayer, luchas intestinas, apetencias encontradas, cismas de Iglesias, y en frente el enemigo de la Cruz, el turco; hoy, lo mismo que ayer, y en frente el materialismo ateo de Moscú.

Carlos está triste; es el declive prematuro de los años; sólo cincuenta y ocho en febrero y ya es un viejo; sobre su pecho oscila el gran collar del Toisón de Oro "Pretium non vile, laborum" y los eslabones del mismo, sobre el fondo de su oscuro vestido, lanzan destellos de luz arrancados por la fricción del sol de poniente y escriben en el diáfano aire "Ante ferit, quam flamma micet". Está herido, en verdad, duro y gastado pedernal, cansado de largo batallar contra los enemigos de su universal idea: Unión de la cristiandad contra el turco.

El, Carlos, ex-emperador de Alemania, ex-rey de Nápoles y Sicilia y España, ex-Señor de Flandes y Borgoña, en esta desfasada anacrónica tarde del mes de julio, ha revivido en su despierta imaginación aquel amanecer de sus horas de ensueño; él, el heredero del gran Duque de Borgoña, digno retoño de un Carlos el Temerario y Felipe el Bueno; él, archiduque de Austria, descendiente directo de aquel Maximiliano de Habsburgo, siempre escaso de dinero, aun tras hipotecar en los Fugger de Aubsburgo las alhajas de su prometida, María de Borgoña; él, vástago ibérico con reencuentros de sangre lusitana traída de sus antepasados en las esposas de Felipe el Bueno y Federico III y fundidas en la de Juana la Loca e Isabel de Castilla; él, Carlos, es una mezcla de la fastuosidad y grandeza borgoñona, escasez pecuniaria germana y nostalgia y ensueño ibéricos.

Por la mente de Carlos, en este dulce atardecer de los días de Yuste, vuelven a reavivarse las imágenes de los años juveniles, que son las primeras y últimas de todo pensar humano.

La entrada en Malinas como gran Maestre de la Orden de Caballería Toisón de Oro. La corte de Gante, trasplantada a esta última ciudad después de la muerte de Felipe el Hermoso por su hermana Margarita de Austria, gran Regente de los Países Bajos, hierve en cortejo de luto y recepciones solemnes de proclamación. La asamblea general de los Estados de Flandes va a celebrar en aquel 18 de julio de 1587 grandes funerales por Felipe III de Borgoña y I de España. El niño de siete años, Carlos de Gante, rey de Nápoles, archiduque de Austria, duque de Luxemburgo, es conducido sobre un caballo negro, con manto y sombrero del mismo color y llevado a la iglesia en solemne procesión. Los príncipes de los Países Bajos rodean al niño y en más estrecho círculo los 31 Caballeros del Toisón; tras éstos, el Consejo de la Regencia, la alta Nobleza, los grandes financieros, los príncipes de la Iglesia, los sacerdotes. A los caballeros del Toisón siguen doce heraldos y los nobles de la comitiva española, que transportan las armaduras de Felipe el Hermoso, reclinadas sobre alcrciopelados almohadones bajo un arco de banderas y espadas. Desde el palacio de la Residencia a la Iglesia dan escolta el pueblo y el ejército, con antorchas encendidas. Ante el altar hay un sarcófago y en él son depositadas las armaduras del difunto.

El niño Carlos, sólo ante todos, se adelanta y se arrodilla en un reclinatorio.

Concluída la misa, el rey de armas grita: ¡El rey ha muerto! Los cuatro heraldos, que circundan el túmulo se hacen eco de tan tétrica proclama y se prosternan en tierra. Un nuevo grito del rey de armas: ¡Carlos de Austria!, y el niño, tímidamente, balbucea: ¡Presente! La contrarréplica cambia de tono y tiene ecos de grandeza y alegría: ¡Nuestro Señor vive, viva nuestro Señor! Todos se levantan y el rey de armas ofrece su espada desenvainada a Carlos, quien con ella convierte en caballeros del Toisón a los pajes arrodillados ante él, dándoles el clásico espaldarazo, primer acto y signo de señorío.

Y ahora, Carlos, en esta soledad del Monasterio de Yuste, aviva en su imaginación los sucesivos ensueños de su infancia, cuando proclamado ya gran Maestre del Toisón de Oro, no piensa en sus juegos de niño, más que en luchas de cristianos y turcos; él siempre caudillo de los primeros, siempre vencedor de los últimos.

Aquella Orden, símbolo del destino universal de la casa de Borgoña, de la textil y hacendosa Flandes, que quiere imponerse a todas las casas reinantes y ser punto de unión en la común lucha contra los turcos, ha pasado a manos de Carlos de Gante, que si bien lleva en su sangre la parsimonia germana sostenida por la inteligencia de un Adriano de Utrecht, la fastuosidad y grandeza borgoñona avivada por un Guillermo de Croy, señor de Chievres, hay también en ella gérmenes de ensueño ibérico, que atiza y fomenta la mano ágil de un Manuel de la Cerda. Y él, Carlos, transforma la Orden, amplia sus miembros a 51, incluye en ella a la nobleza castellana, cambia el "Austrai n' aura" por el "Plus Ultra" de las ilusiones hispanas; él ha sabido fundir la política eclesiástica de la Casa de Borgoña con la austera de Castilla y ha hecho correr ríos de oro de España hacia el Norte, para taponar las grietas que en la nave de Cristo abre la huracanada reforma luterana.

Todo en vano; la plataforma central europea para la contención del turco se ha resquebrajado y la orden que él diera en sus años juveniles "de ser enterrado en Dijón, corazón de Borgoña, junto a las tumbas de Carlos el Temerario y Felipe el Bueno" se ha transformado en el retiro a este modesto y

sencillo palacete, que su espíritu desilusionado mandara edificar en este rincón de Yuste.

"Fortune et infortune font une", dijera su tía Margarita de Austria en los años desesperados de su regencia, y lo mismo deberá repetir Carlos en este año de 1558: "El destino adverso une estrechamente." Ha unido a España con su Emperador y le ha dado una concepción universal del destino de Europa; la inteligencia española con sus Santos y pensadores ha desbordado las fronteras del Norte, ha inundado los centros culturales del Centro y del Sur de Europa y lanza al mundo y la Iglesia en el Concilio Tridentino un universalismo cristiano.

Este es el Yuste de ayer, que debe tener vivencia hoy. Las naciones europeas en esa sana y necesaria tarea de unirse debieran mirar a este viejo Monasterio Jerónimo por donde aún deambula la histórica figura, encarnación del universal destino cristiano de Europa; para nosotros, nos es indiferente que la capital de la Europa unida sea Bruselas, Ginebra o Estrasburgo; sólo nos interesa que en este año conmemorativo se tenga presente la figura del solitario de Yuste.

Y la Europa de hoy se parece a la de ayer.

Muy lentamente, y con grandes altos, se va formando de nuevo la unión de los pueblos occidentales. Las ataduras económicas se van robusteciendo de año en año; la presión de las grandes potencias se deja sentir cada día con más eficacia. Si los pueblos del occidente europeo quieren afirmar su existencia entre los dos grandes bloques contendientes, Estados Unidos y Rusia, lógicamente deben seguir el camino que le prescriben las organizaciones europeas. Ciertamente que las dificultades no se eliminan con facilidad. Francia tiene sus más importantes intereses en el Norte de Africa; los demás Estados del Euratom no quisieran verse mezclados en los conflictos del Norte de Africa con menoscabo de las posiciones logradas en el resto del mundo árabe; el caso de Inglaterra, por su especial papel en la Commonwealth, no es tan sencillo. El problema de la reunificación alemana dificulta el desarrollo de la Europa libre y sobre Alemania pesa esta incógnita que incondicionalmente debe ser resuelta. Además, el movimiento europeo no debe circunscribirse al occidente de Europa. La Europa occidental es sólo media Europa, y no solamente la zona Oeste de Alemania, sino el resto de las naciones de contextura tradicionalmente cristiana, como Polonia, Checoslovaquia, Hungría y otras, deben ser incluídas en ella.

Todo el mundo sabe que la solución de estos problemas no reside en el poder y la fuerza. Aun cuando la Nato debe asegurar la defensa del mundo libre contra cualquier abuso agresivo, no obstante, no puede atacar de frente la situación actual. La existencia de la Nato es moralmente sólo justificable como pura unión defensiva de la cultura y libertad occidental ante cualquier ataque que proceda de un sistema de poder totalitario. Un arbitrario desencadenamiento de una guerra preventiva tendría como consecuencia el hundimiento vertical de pueblos enteros.

Por ello, debe tenderse a una mayor fluidez en la tensión Este-Oeste, manteniendo el control de la energía atómica y el estado de alerta ante cualquier imprevista agresión del conocido enemigo.

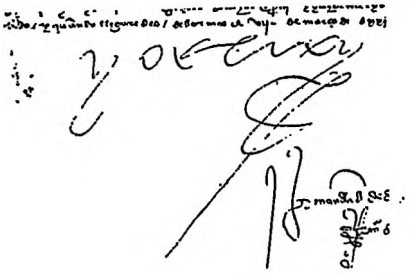
Una Europa unida y apretada sería la mejor garantía para el mantenimiento de la paz entre las grandes potencias atómicas y los dos enconados bloques; dificultades interiores de toda índole gravitan sobre cada una de las naciones del occidente europeo y las recíprocas relaciones están aún confusas; un es-

:larecimiento de las mismas no puede ser esperado ni del desarrollo económico y mucho menos del militar.

Confiamos en que Europa recapacite y medite sobre la fuerza emanante de su cultura cristiana, de la cual ha nacido ella y con la cual se ha capacitado para su progreso económico, social y espiritual.

El alejamiento de los principios fundamentales que motivaron este desarrollo explica el trágico destino de nuestro continente, que en tiempos pasados fué cuna de la cultura occidental y de la integral formación religiosa.

Yuste (Cáceres), cinco de julio de mil novecientos cincuenta y ocho.



Viñeta: Firma del Emperador.